

DE SUSQUIN ... SUSQUINEAO\*

Por M. Meléndez Muñoz.

En un juicio oral celebrado recientemente en la Corte de Distrito de esta Capital, declaró un testigo de cargo que el acusado se hallaba, respecto a su víctima, de **susquín, susquineao.**

Creo que sea la primera ocasión en que se haya violentado la solemnidad y la severa compostura de un tribunal de justicia la expresión de un vocablo de origen y uso puertorriqueño, tan gráfico y natural como este.

Al leer la reseña del juicio en que se pronunciara ese término, contemplé la foto que ilustra el momento en que el testigo la expresa. Se nota en la fotografía la extrañeza que revela la fisonomía del declarante. ¿Acaso el Jurado, el Juez, el acusador público y los letrados que intervienen en el proceso no conocen el vocablo? ¿No saben cuándo se ejecuta un acto de **susquín**? ¿De dónde vienen, adónde viven, en qué país residen que ignoran la acepción principal de ese vocablo, que es tan puertorriqueño como el arroz blanco? parece preguntar, sorprendido, el hombre que ilustra su dicción, colocándose diagonalmente en el instante en que lo sorpren-

\* El verbo provincialista, o americanista, *susquinear* tuvo su origen en el lenguaje de nuestro jíbaro. Su ortología legítima es *sosquinear*, cambiando la *u* en *o*. Y así dice *sosquín*, cuando el jíbaro pronuncia *susquín*. Este vocablo puede ser, no solamente una degeneración del verbo *sostayar*, sino también una corrupción de *esquinar* —formar esquina. Colocarse en esquina. Situar en esquina alguna cosa. Etc.



*De susquín . . . susquineao*

de la cámara. Y, como si interpelase, con la vista, a aquellos hombres raros, que a su entender, no conocen el lenguaje ni la psicología de su pueblo, repite con acento varonil, mortificado en su condición de puertorriqueño:—“¡Estaba de susquín, susquineao!” Quiere decir, claro está, que el acusado no se hallaba de frente, frente a frente, del occiso, sino de lado, como formando con el suyo un ángulo agudo con el cuerpo de la víctima. No de frente, de lado, de susquín. Y el testigo que no era literato, ni catedrático, ni hombre de letras, pero hombre del pueblo, del pueblo de Puerto Rico, que vive en contacto constante con él y siente y se expresa a su modo, se reiría, después que abandonase la Corte, de aquellos hombres a los que tuvo que explicar, gráficamente, el significado de su término, que se usa todos los días en nuestro país por sus clases populares.

El vocablo es muy poco conocido por nuestras clases letradas. Aún mi querido amigo, el erudito filólogo Augusto Malaret, no lo incluye en su notable **Diccionario de Americanismos**.

Nuestros campesinos y nuestra gente del pueblo —la mayoría parlante de Puerto Rico— no usa el verbo soslayar, como no usa tampoco el término **en cuclillas**. Por soslayar se dice **susquinear**. El jíbaro no se pone **en cuclillas**, se **ñan-gota**. Así ha visto, por generaciones, la vida y suceder los acontecimientos más trascendentales en nuestra patria. Cambios políticos, alteraciones profundas en su economía, aun tendencias malintencionadas para transformar su psicología, sus actitudes fundamentales e históricas ante la afirmación y la defensa de su personalidad. Pero sus mismas condiciones temperamentales, lo que llamó Leonardo Penha **el alma escondida de la raza**, en profunda vinculación con el medio ambiente, se han asimilado todos los factores, todos los agentes que se dirigían a descomponer, a disociar los elementos étnicos, psíquicos y raciales que constituyen su idio-



sincracia para la conservación en el presente, y su proyección en el futuro, de la auténtica puertorriqueñidad.

Claro que no hemos podido, por motivaciones geográficas y físicas, ni antes ni ahora, instituir nuestra **soberanía política**. Pero hemos podido conservar y robustecer nuestra personalidad, a través de cuatro siglos largos de coloniaje, para lograr, por los medios asibles a nuestro alcance, que en la conciencia de nuestro pueblo se operen las reacciones predisponentes precisas que le dirijan, le encaucen, y le precipiten si necesario fuera, a desear y obtener el pleno reconocimiento de sus derechos.

Nos sonreímos cuando oímos a un hombre del pueblo, o a un jíbaro, decir que se hallaba de **susquín** en cierto momento decisivo de su vida. Y que esa actitud le salvó de un peligro que parecía seguro, inevitable. ¿Qué hizo, qué movimiento ejecutó para defenderse? Evitar el peligro. Eludirlo, más claro: **¡soslayarlo!**

Y en esa actitud genérica, en esa disposición espiritual tan peculiar, tan nuestra, que apenas la advertimos, por eso mismo, porque es parte, constitución de nuestro propio temperamento, ¿que ha hecho nuestro pueblo sino **soslayar, susquinear** hábilmente, todos los peligros que le han acechado todas las tentativas realizadas, aun por sus hombres más preclaros, para obligarle a torcer el rumbo de su vida?

Aparentemente, nuestro pueblo se descentra, se desvía, y aun parece extraviado algunas veces, del rumbo que le traza su destino. Se adapta, con docilidad, a imposiciones extravagantes de usos y costumbres que chocan con su temperamento y con su eudemonología. Pero es tal, tan enérgica y constante la atracción de la fuerza centrípeta del alma de su raza, que retorna, cubierto de aditamentos estrambóticos y saturado de ideas extrañas, a su **centro** natural y legítimo para sacudir, como si fuera polilla importuna y maligna, para limpiarse de todas las adherencias que impiden la afir-

mación de su personalidad auténtica para lanzarse al porvenir.

Los ciclones —castigo de los elementos, impuesto por nuestra situación geográfica—, las continuas crisis económicas que sufrimos en el desarrollo de nuestras fuentes naturales de producción, las mutaciones y las innovaciones impuestas por la política, los recibe, los acepta, los vive nuestro pueblo de *susquín*. *Susquineo* las revoluciones cósmicas, el malestar físico, el dolor y la miseria, y sigue viviendo en su afán eterno de supervivencia.

Pueblo acostumbrado ya por el tiempo a vivir a la orilla de la abundancia, del bienestar y de las riquezas que ha creado, *soslaya* todos los accidentes físicos y morales que puedan atentar contra su seguridad e interferir el rumbo de su destino.

Idea y construye la *vereda*, en defecto del camino, de la vía derecha, espaciosa y sin peligros. Cuando el estado no puede abrirle caminos viables, carreteras buenas, él arbitra la *vereda*. La *vereda* es el atajo clásico. El camino, tal vez más accidentado, menos cómodo. Pero el más corto. El que conduce más rápidamente a un punto determinado.

Su individualismo cede, como si fuera a inhibirse, se *susquineo*. Pero no se aparta de su ruta ni de su origen etnográfico. Cede, desvía, el frente, en flexible movimiento de *susquín*. Pero en esta concesión, en este cambio, no abandona su sitio. Ante la pérdida de su tierra, ante todos los atentados cometidos contra su libertad, se ha refugiado en sí mismo y ha contestado desdoblándose, multiplicándose desordenadamente.

*Soslaya*, *susquineo* la adversidad y da el frente. Ofrece el pecho a su fe tradicional, a su constancia en el trabajo y a su devoción a los grandes afectos espirituales. Es dual. Lleva en su psiquis, la *cara* y la *cruz* de la medalla de su alma, de su *divisa* —moneda— espiritual.

“En la provincia de Málaga hay una extraña ciudad, Ronda, construída sobre un alto zócalo de granito y brutalmente dividida por un precipicio, en cuyo fondo el agua se desliza en tumultuosas cascadas. Tres puentes se extienden sobre la quebrada, uniendo, como tres broches, las dos partes de la ciudad. Uno de ellos es romano, el otro es árabe y el tercero, español. Esa ciudad sobrecogedora, aparece como un símbolo del alma española, duramente dividida en dos partes, entre las cuales las diversas civilizaciones han extendido sus puentes y bajo las cuales se escurren, como pueden, pero siempre hirvientes, las ideas y las pasiones. Así la íntima historia espiritual, moral, política y religiosa de España estriba en el carácter contradictorio, o si se quiere, didáctico y dilemático de su raza. Pues, tanto en el conjunto del pueblo, como en cada individuo en particular, hay esa dualidad fundamental que maravilla y confunde al psicólogo, y que Cervantes ha traducido, tipificado, en las inmortales figuras de Sancho y don Quijote que, en rigor, no son más que las dos caras de un mismo sujeto.” (Leonardo Penha, “El alma escondida de la raza.”)

En los momentos más difíciles de nuestra vida político-social, cuando nuestra actitud pudiera hacer cambiar, enderezar, andar a derechas, el rumbo de la solución de problemas que afectan a la existencia y a la seguridad de nuestro pueblo, **susquineamos** las cuestiones sustantivas, fundamentales, abandonamos el **camino real**, la vía derecha, y nos perdemos por las **veredas** para malgastar la oportunidad y perder el tiempo en detalles subalternos, puramente adjetivos. Creamos los **frentes unidos**, como pasarelas salvadoras, para reincorporarnos al ritmo de nuestro destino, pero se **susquinean**, automáticamente, se ladean y **pasa** el tiempo y se desperdicia la oportunidad. Ha aparecido, por esta parte, la gloriosa e invencible **alma escondida de la raza**.

“Como todo ser anárquico, el español es excesivamente

personal. La Constitución ideal para el pueblo español, sería aquella que, según Gavinet, constase de este solo artículo: "Todo ciudadano está autorizado para hacer lo que le dé la gana." Los místicos mismos han sido en España de un individualismo marcado. El sueño de todo español es estar dueño de sí aún en el dolor. "Yo no he querido ser engañado sino por mi mismo," dice uno de los personajes de Torres Navarro. El español es aún más personal que el inglés. Porque mientras éste dice "Nosotros y Dios," el español dice: "Yo y Dios." Cuando un francés se encuentra en presencia de un superior, se inclina; cuando es un alemán, se humilla. El español se yergue. En *El Lazarillo de Tormes* hay un tipo admirable de hidalgo que prefiere abandonar la ciudad que habita, antes que saludar a otro hidalgo más linajudo que él. No en balde el español fué el único pueblo que, en la Edad Media, conservó el derecho de guardar su sombrero en presencia del rey, el cual era el igual y no el superior entre los nobles, ya que sin ellos, era seguramente menor que ellos." (Leonardo Penha. *Ibidem.*)

El día que los directores de la opinión pública puertorriqueña conozcan más a fondo la psicología de nuestro pueblo, en la que actúan Sancho y don Quijote en jíbaro —alma que se entrega, temperamento que se inhibe y se desliza, como si no existiera, en ciertos momentos decisivos— podrán trazarle posiciones claras, definidas, francas y resueltas. Colocarle de frente ante sus problemas políticos y sociales para que no los *susquínee*. A menos que ellos no sientan y propaguen sus ideales de *susquín*.